

## CALIFORNIA, LAS AMAZONAS Y LA TRADICIÓN TROYANA

EMILIO J. SALES DASÍ

Valencia

El libro de caballerías siempre está plagado de trepidantes y heroicas aventuras. De vez en cuando, algún incidente rompe con el dinamismo característico del género y da paso a un universo sugestivo, lleno de hechizos. Es éste el caso de la aventura protagonizada por las Amazonas de California en las *Sergas de Esplandián*. Mientras las tropas paganas estrechan el cerco sobre Constantinopla, Montalvo hace partícipe al lector de un acontecimiento sumamente espectacular: «Quiero agora que sepáys vna cosa, la más estraña que nunca por escritura ni en memoria de gente en ningún caso hallar se pudo, por donde el día siguiente fue la ciudad en punto de ser perdida, & cómo de allí donde le vino el peligro, le vino la salud» (740)<sup>1</sup>. Mediante la consabida fórmula: «voy a contar cosas nunca vistas ni oídas», característica de la tópica del *exordio*<sup>2</sup>, el narrador se adentra en un mundo plagado de indudables connotaciones exóticas: «Sabed que a la diestra mano de las yndias ouo vna ysla llamada California, mucho llegada a la parte del paráyso terrenal, la qual fue poblada de mugeres negras sin que algún varón entre ellas ouiesse, que casi como las Amazonas era su estilo de biuir» (740). En unas pocas líneas, acceden al relato varios motivos legendarios, reiterados en la tradición clásica

---

<sup>1</sup> Citamos por la ed. de D. G. Nazac, Garci Rodríguez de Montalvo, *Las Sergas de Esplandián*, Northwestern University, Ph. D., 1976 (Ann Arbor, Un. Microfilms International, 1980).

<sup>2</sup> Entre las múltiples manifestaciones de la tópica del *exordio*, «el tópico ‘ofrezco cosas nunca antes dichas’ aparece ya en la Antigüedad griega como ‘rechazo de los temas épicos trillados’» (E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, 2 vols., trad. de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, Madrid, FCE, 1989 [1.ª ed. esp. 1955], I, p. 131). Se trata de una fórmula de la alienación, esto es, el efecto anímico que ejerce en el hombre lo inesperado por contraste con la vivencia de lo habitual (H. Lausberg, *Elementos de retórica literaria. Introducción al estudio de la Filología Clásica, Románica, Inglesa y Alemana*, vers. esp. de M. Marín Casero, Madrid, Gredos, 1975, p. 57).

y medieval: las *yndias*, el *paraíso terrenal*, *mujeres negras* que viven como las *amazonas*, con un protagonismo a primera vista inexplicable. ¿Qué propósitos llevaron al regidor de Medina del Campo a introducir así, tan de repente, en el momento cumbre de su historia, cuando va a producirse la tan esperada batalla final entre cristianos y paganos, un suceso que parece romper la lógica interna de la narración? ¿Fue por pura casualidad que Montalvo decidió rescatar la leyenda amazónica? I. A. Leonard sugiere que, a raíz de las noticias de los recientes viajes colombinos, el medinés «pudo haberse desviado de su plan original y decidió explotar la renovada leyenda, probablemente porque mientras escribía su libro llegó a sus oídos que Colón había afirmado la existencia de amazonas en algunas de las islas recién descubiertas, las cuales además se encontraban prácticamente a la vera del paraíso terrenal»<sup>3</sup>. La hipótesis no es descabellada.

En la descripción de la literaria California son diversos los aspectos que evidencian una notable familiaridad con los postulados geográficos del navegante genovés. Cristobal Colón plantea su aventura ultramarina persuadido por la idea de que es posible llegar al extremo oriental de Asia navegando hacia el oeste, a través del océano Atlántico<sup>4</sup>. Tras alcanzar su meta, sin ser consciente todavía de que su periplo le ha llevado a un nuevo continente, las anotaciones del *Diario* de

---

<sup>3</sup> *Los libros del conquistador*, trad. de M. Monteforte Toledo, México, FCE, 1979<sup>2</sup>, p. 54. En la misma dirección apuntan las especulaciones de M.<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel al insinuar que, tal vez, todo el episodio de las amazonas en las *Sergas*: «sea agregado pegadizo, sugerido a última hora por el *Diario de viaje* de Colón, que repetidamente trata de cierta misteriosa isla de mujeres y de sus riquezas» («Fantasía y realidad en la conquista de América», *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas 'Dr. Amado Alonso' en su cincuentenario, 1923-1973*, Buenos Aires, 1975, pp. 210-220 [p. 214]). W. T. Little («Spain's Fantastic Vision and the Mythic Creation of California», *The California Geographer*, 27 (1987), pp. 1-38) habla de un viraje geográfico en la segunda parte de las *Sergas*. Según este autor, pasamos de un espacio mediterráneo, descrito con rasgos artúricos, a un espacio indiano imaginado de acuerdo con las expectativas creadas por Colón: «It is in the second half of the book that Rodríguez de Montalvo's and all of Spain's mythology and cartography change from the T-O (San Isidoro de Sevilla) map to Juan de la Cosa's and Cortés' maps. It is with the new knowledge provided by Columbus' voyages that the islands of the Mediterranean are replaced in Spanish imagination by islands in, and to the west of, the Indies» (p. 20).

<sup>4</sup> Hasta que algún concienzudo investigador no descubra cuál era el significado de ese secreto que Cristobal Colón esgrimía ante los Católicos para defender la viabilidad de su proyecto, tendremos que conformarnos con la opinión tradicional de los historiadores respecto al origen de sus teorías geográficas. De este modo, se cree que el convencimiento del genovés en la existencia de una ruta occidental hacia las indias, tiene sus precedentes más directos en la lectura del *Imago Mundi* de D'Ailly y quizás una consulta a Paolo Toscanelli, médico florentino que fue el primero en concretar en un mapa dicha posibilidad. Colón escribe al florentino solicitándole ese manuscrito, y éste

su primer viaje dan testimonio de dos asuntos de gran interés para el tema que nos ocupa. Apoyado en sus convicciones mesiánicas<sup>5</sup>, el genovés piensa que encontrará alguna prueba de la existencia del Paraíso Terrenal. De acuerdo con los textos bíblicos y las múltiples versiones que durante la Edad Media sitúan el Paraíso en los confines de Oriente<sup>6</sup>, nuestro protagonista cree hallarse muy cerca del maravilloso edén terrenal. El 21 de febrero de 1493 deja constancia de esta sospecha en los siguientes términos: «dize el Almirante que bien dixerón los sacros theólogos y los sabios philósophos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él avía descubierto, es —dize él— el fin del Oriente»<sup>7</sup>. Durante muchos años, la misma convicción, el mismo anhelo, sigue persiguiendo el ánimo del infatigable genovés, hasta el punto que en la *Relación de su tercer viaje* (1498) intenta demostrar que el agua que desciende por la boca de la *Sierpe* y la del *Dragón*, entradas en el mar del actualmente conocido como río Orinoco, procede del Paraíso (215). Tal vez, la fe en su propia condición de elegido, o, más seguramente, la necesidad de convencer a los Reyes Católicos del interés de su empresa, son razones que obligan a Colón a confiar en las conjeturas de viajeros medievales como Mandevila que imaginaban el Paraíso como tierra de promisión para los justos, pero, sobre todo, como tierra de incuantificables riquezas, un limbo de donde nacen cuatro ríos y en el primero de los cuales, el Fisón o Burgues,

---

le envía con aquél una copia de una «instancia dirigida a don Juan II (de Portugal) a través de su confesor. 'No te extrañe ver — escribe — que llamo occidente a los lugares donde se dan las especias, pues, en general, se suele decir que prosperan en el oriente. Pero el que siga navegando hacia el oeste encontrará esos lugares en el oeste. Y el que, por vía terrestre, viaje sin parar en dirección al este, encontrará esos lugares en el este'» (citado en J. Descola, *Cristobal Colón. El infortunado descubridor de un mundo*, trad. de C. Bergés, Barcelona, Ed. Juventud, 1985<sup>2</sup>, pp. 52-53).

<sup>5</sup> Sobre el mesianismo del navegante genovés, resulta de gran interés el estudio de A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Ámbito, 1983. En una dirección complementaria, también son sugestivas las aportaciones de R. Beltrán Llavador, «Para los antecedentes literarios de los *Diarios colombinos*», *Actas del IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)*, Lisboa, Ed. Cosmos, 1993, IV, pp. 249-255.

<sup>6</sup> Según C. S. Lewis, existe una antigua tradición que sitúa el Paraíso Terrenal en el Extremo Oriente, y que «parece proceder de una narración judía sobre Alejandro, escrita antes del año 500 y latinizada en el siglo XII con el título de *Iter ad Paradisum* [...] En ella puede basarse [...] Mandeville, quien lo sitúa más allá de la tierra del Preste Juan» (*La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*, trad. de C. Manzano, Barcelona, Antoni Bosch editor, 1980, p. 111).

<sup>7</sup> *Textos y documentos completos*, ed. de C. Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1989, p. 132. En adelante, si no son necesarias las puntualizaciones, se indica el número de página de la cita correspondiente en el texto principal.

«hay muchas piedras preciosas, y mucho madero de áloe e gran mena de oro»<sup>8</sup>.

La promesa de copiosos beneficios impulsa al viajero a la búsqueda de esos reinos de la abundancia que la literatura y la sociedad medieval han encumbrado a la categoría de escenarios míticos. El genovés está cegado por la importancia de un proyecto que aportará a la Corona los medios suficientes para financiar la cruzada contra el infiel y el rescate de los Santos Lugares. A veces, en su intento de encontrar las soluciones a tantos enigmas planteados y jamás resueltos, se deja llevar por las prisas. No llega a ver, sólo escucha y confía en la buena voluntad de aquellos dóciles indígenas que posiblemente se convertirán a la ley de Cristo, pues no conocen secta ninguna. Ha estado tantos años esperando el desenlace final de la campaña de Granada que, ahora, cuando ha logrado el apoyo de sus monarcas, no debe defraudarles. Necesita encontrar aquellos tesoros que ha prometido antes de partir de la Península. Por eso, el relato que hace de su primer viaje puede entenderse en algún momento como simple inventario de las riquezas vistas o sospechadas de los lugares que recorre. La referencia a las mujeres amazonas está supeditada a las exigencias de este propósito. Colón no llega a verlas con sus ojos; sin embargo, en todo momento las sitúa en territorios donde es característica la abundancia del oro. Con fecha de 6 de enero de 1493 encontramos la primera alusión del Almirante a pueblos habitados por mujeres solas: «También diz que supo que detrás de la isla Ioana, de la parte del Sur, ay otra isla grande, en que hay mayor cantidad de oro que en esta, en tanto grado que cogían los pedaços mayores que havas, y en la isla Española se cogían los pedaços de oro de las minas como granos de trigo. Llamávase diz que aquella isla Yamaye. También diz que supo el Almirante que allí, hazia el Leste, avía una isla adonde no avía sino solas mujeres, y esto diz que de muchas personas lo sabía, y que aquella isla Española [y] la otra isla Yamaye estava cerca de tierra firme diez jornadas de canoa» (109-110). Siete días después, el 13 de enero, las noticias sobre estas poblaciones femeninas son más amplias. Habitan en una isla llamada Matinino, en la cual hay mucho oro o alambre. Muy cerca de ellas están las tierras de los feroces caribes (115). Siguiendo con su itinerario, Colón dispone de datos más precisos. No obstante, las inclemencias marítimas y la falta de tiempo le impiden desentrañar por completo la verdad sobre estas tribus femeninas. Con fecha de 16 de Enero de 1493 leemos en su *Diario*: «Dixéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matinino, que diz que era poblada de

---

<sup>8</sup> *Libro de las maravillas del mundo*, ed. de G. Santonja, Madrid, Visor (Biblioteca de obras raras y curiosas), 1984, cap. LXVI, pp. 176-177.

mugeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar diz que a los Reyes cinco o seis d'ellas. Pero dudava que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogían las caravelas, mas diz que era cierto que las avía y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que diz qu'estava d'ellas diez o doze leguas, y si parían niño enbiávanlo a la isla de los hombres, y si niña, dexávanla consigo» (119).

Paradójicamente, esta improvisada revisión del mito amazónico por parte del Almirante, pudo contribuir a que personajes como Montalvo mantuvieran en vilo la esperanza de dar algún día con estos pueblos de mujeres guerreras. Si, como podemos suponer, las noticias de los viajes colombinos quedaron impresas en la mente de nuestro regidor de Medina del Campo, las *Sergas de Esplandián* se constituyen en ejemplo destacado de la interrelación entre historia y literatura. El error del navegante genovés, convencido de haber descubierto los confines del Oriente, adivinado las coordenadas del Paraíso Terrenal y vislumbrado la existencia de amazonas en una Matinino rica en oro<sup>9</sup>, se reitera en la California de Montalvo en sus puntos básicos. Para Colón, la isla de Matinino «es la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla, en la cual no ay hombre ninguno. Ellas no usan exercicio femeníl, salvo arcos y frechas [...] y se arman y cobigan con launes de arambre, de que tienen mucho»<sup>10</sup>. Para Montalvo, volvemos a recordarlo, la isla de California está a la mano diestra de las Indias, lo que puede equivaler a la primera isla que se encuentra partiendo de la Península en dirección oeste; está próxima al Paraíso Terrenal: deducción lógica si pensamos como el Almirante que este espacio maravilloso se sitúa en los confines del Oriente, donde acaba la tierra y las islas yendo hacia el este desde España, o donde empiezan las islas y la tierra yendo en dirección opuesta. Las moradoras de California tampoco usan del «exercicio femeníl», sus armas son todas de oro, porque otro metal no se conoce en la isla, y viven separadas del sexo masculino. Todas estas semejanzas parecen aludir, como decía más arriba Leonard, a un conocimiento directo de las noticias de la empresa colombina. Otro asunto muy diferente es cómo llegaron al regidor de Medina tales informaciones.

<sup>9</sup> Al igual que los antiguos localizaban el Paraíso en las tierras de Oriente, la percepción de las islas como lugares extraordinarios es una constante que, desde tiempos lejanos, posibilita rápidas conexiones con la esfera de lo maravilloso oriental: «Desde la antigüedad, los lugares favoritos para lo imaginario han sido las islas y las regiones orientales, sin que ambas ubicaciones resulten incompatibles» (M.<sup>a</sup> J. Lacarra y J. M. Caño Blecua, *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza, Oroel, 1990, p. 11).

<sup>10</sup> *Carta a Luis de Santangel*, ed. cit., p. 145.

Garci Rodríguez de Montalvo pudo saber de los viajes colombinos por vía oral. El escritor vive en una ciudad realenga que es lugar de residencia intermitente de los Reyes Católicos y, lógicamente, de toda su corte. En este contexto la más que segura difusión y comentario apasionado de los prodigios narrados por el Almirante debe considerarse justificada. Asimismo, cuestiones de política internacional determinan la divulgación de la empresa americana, utilizada como arma de combate por los monarcas españoles en su pugna marítima con el rey de Portugal<sup>11</sup>. Durante algunos años, entre 1493 y 1495, los aspectos del Nuevo mundo que impactan en la imaginación peninsular, así lo advierte el humanista italiano Pietro Martir, son «el hallazgo de oro, la desnudez de los indígenas y un nuevo campo misional»<sup>12</sup>. Precisamente, este famoso exponente de la nueva cultura española, llegado a la corte de los Católicos desde la cuna del Renacimiento europeo, empieza a escribir sus *Décadas del Nuevo Mundo*, publicadas en 1516, en la ciudad de nuestro regidor, Medina del Campo<sup>13</sup>. Pietro Mártir d'Angleria intenta describir, en esta obra de vasta extensión, el descubrimiento de los nuevos territorios de Ultramar. Siguiendo los pasos del Almirante genovés, también se deja atrapar por la seducción de la leyenda amazónica. En la *Década* I, libro III, capítulo VIII, habla de una isla habitada por mujeres solas, llamada Madadina. Los detalles de su relato siguen de cerca las informaciones recogidas por Colón, dejándose notar en algún momento la huella del modelo clásico: «se ha creído que los caníbales se acercan a aquellas mujeres en ciertos tiempos del año, del mismo modo que los robustos tracios pasan a ver a las Amazonas de Lesbos, según refieren los antiguos, y que de igual manera ellas les envían los hijos destetados a sus padres, reteniendo consigo a las hembras» (17)<sup>14</sup>. Un poco más adelante expone un dato que nos aproxima a las moradoras de la California de Montalvo: «Cuentan que estas mujeres tienen grandes minas debajo de tierra, a las cuales huyen si alguno se acerca a ellas fuera del tiempo conve-

<sup>11</sup> «La rápida difusión de las noticias referentes al primer viaje de Colón se debió a la necesidad que tenían los Reyes Católicos de mantener sus reclamaciones contra Portugal. El papa Alejandro VI, en una serie de bulas del año 1493, les concedió cuanto pidieron» (J. N. Hillgarth, *Los Reyes Católicos, 1474-1516*, trad. de A. Pigrau, Barcelona, Grijalbo, 1984, p. 242).

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 245. En el mismo sentido, dice J. H. Elliot, refiriéndose a Colón: «Oro y conversión: éstos fueron los dos logros más inmediatos y evidentes de América y los más fácilmente asociados al nombre del descubridor» (*El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*, trad. de R. Sánchez Mantero, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 24).

<sup>13</sup> E. L. Sanz, «Los medinenses y el descubrimiento, conquista y colonización de América», *Historia de Medina del Campo y su tierra*, coord. de E. L. Sanz, Ayuntamiento de Medina del Campo, 1986, I, pp. 611-660, espec. p. 611.

<sup>14</sup> Citamos por la edición de J. Torres Asensio, Buenos Aires, 1944.

nido; pero si se atreven a seguirlas por la violencia o con asechanzas y acercarse a ellas, se defienden con saetas, creyéndose que las disparan con ojo muy certero» (18). Las mujeres de Madanina disponen de unos refugios subterráneos para defenderse de los varones, mientras que en las *Sergas* se dice que las Amazonas viven en «cuevas muy bien labradas» (740). ¿Es éste, tal vez, el eslabón que sirve de enlace entre las descripciones colombinas y la lectura literaria que de ellas hizo Montalvo?

Otros personajes destacados de la vida medinense establecieron una estrecha amistad con el marino genovés. Alonso de Quintanilla, tesorero real y alcaide de La Mota, se comportó generosamente con el Almirante en sus tiempos de penuria económica, años antes de iniciar su trayecto oceánico<sup>15</sup>. Posteriormente, con fecha de mayo de 1497, es el propio Cristóbal Colón quien llega a Medina del Campo, acompañando a la corte que se traslada allí desde Burgos<sup>16</sup>. Si Montalvo tuvo la oportunidad de escuchar directamente, en boca de Colón o de cualquiera de estos personajes allegados al genovés, algún relato sobre el legendario país de las Amazonas, es algo que desconocemos; sin embargo, las circunstancias que envuelven el ambiente medinés de la última década del xv son muy propicias para que la fantasía de un hombre como nuestro regidor, confesado amante de la aventura, se sienta inclinada a interrumpir su historia caballeresca y a adentrarse en los caminos del mito amazónico.

Ahora bien, a pesar de la viabilidad de la tesis, llamémosle historicista, debe subrayarse que la huella del trasfondo cotidiano que rodea al escritor medinés no sirve por sí sola para explicar unas cuestiones que afectan, exclusivamente, a la naturaleza literaria de las *Sergas*. A mi entender, es posible describir una relación de continui-

---

<sup>15</sup> La versión que Gonzalo Fernández de Oviedo nos ofrece de este episodio es la siguiente: «En aquel tiempo que Colón, como dixe, andaba en la corte, llegábase a casa de Alonso de Quintanilla, contador mayor de cuentas de los Reyes Católicos (el cual era notable varón y deseoso del acrecentamiento y servicio de sus reyes) y mandábale dar de comer y lo necesario por una compasibilidad de su pobreza. Y en este caballero halló mas parte e acogimiento Colón que en hombre de toda España» (citado en E. L. Sanz, art. cit., p. 615).

<sup>16</sup> «En Medina del Campo se confirmaron y completaron algunos de los privilegios concedidos a Cristóbal Colón en las Capitulaciones de Santa Fe. Ante las quejas del Almirante relativas a la provisión expedida el 19 de abril de 1495, por la que se permitía que otros pudiesen ir a descubrir, disposición que vulneraba los derechos de Colón, los Reyes Católicos la derogaron mediante una provisión fechada en Medina el 2 de junio de 1497. Se ordena en ésta guardar a Colón sus privilegios y mercedes [...] Pero Cristóbal Colón, sabedor que los Reyes Católicos eran sus únicos favorecedores y de quienes dependía el que pudiese llevar a cabo el siguiente viaje descubridor, no abandona la corte, siguiéndola donde fuese. Cuando la Corte se traslada de Burgos a Medina, en mayo de 1497, Colón forma parte de la misma» (*Ibidem*, p. 613).

dad entre las fuentes literarias manejadas por Montalvo en el episodio de las amazonas de California y las restantes influencias temáticas y técnicas que se detectan a lo largo del relato, pero, además, también puede establecerse un vínculo estructural entre dicho episodio y el resto de la narración. Con respecto a la primera afirmación tenemos que recordar que los estudiosos han buscado los precedentes de la aventura amazónica partiendo del análisis del más que hipotético origen del topónimo California. Así, por ejemplo, el eminente Martín de Riquer, en uno de sus últimos trabajos<sup>17</sup>, busca la ascendencia del eufónico nombre del país de la reina Calafia en la tradición medieval francesa, especialmente en ese gran poema épico que es la *Chanson de Roland*. Allí, recordémoslo, el emperador Carlomagno expresa en un amargo planto su dolor por la muerte de su sobrino Roldán: «Ha muerto mi sobrino, dice el emperador, el que tanto me hizo conquistar—. Se rebelarán contra mi los sajones, húngaros búlgaros y demás gente enemiga; los romanos, pulleses, todos los de Palermo, y los de Africa y de Califerne» (108)<sup>18</sup>. La estrecha similitud de este último topónimo con aquel de *California* ha conducido a la crítica literaria a considerar el texto francés como fuente de la que se sirvió Montalvo en su aproximación a la geografía amazónica<sup>19</sup>. No obstante, será el citado Martín de Riquer quien aborde el problema de la transmisión textual de este topónimo con una mayor profundidad, por lo que a sus deducciones nos remitimos. En primer lugar, Riquer procede con suma cautela a la hora de identificar la versión del relato francés convertida en modelo en que se inspiró Montalvo: «Aquí no es lícito zanjar la cuestión afirmando que Garcí Rodríguez de Montalvo lo encontró leyendo la *Chanson de Roland* por la sencilla razón que Califerne sólo figura en el famoso manuscrito de Oxford de la gesta francesa, manuscrito copiado en el sur de Inglaterra, que ha viajado muy poco y cuyo texto no se conoció hasta que en 1837 lo publicó en París Francisque Michel»<sup>20</sup>. Advertidas estas dificultades, este autor especula con la seguridad que le permiten sus abundantes lecturas: «Pero la similitud entre Califerne y California es obvia, y hay que buscar en otros caminos de transmisión. No vayamos a caer en la ingenuidad de creer que el manuscrito de Oxford no tuvo otros textos

<sup>17</sup> «California», *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Barcelona, Universidad-PPU, 1989, I, pp. 581-599.

<sup>18</sup> Traducción del texto francés del s. XII del manuscrito de Oxford por M. de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe, 1985<sup>a</sup>.

<sup>19</sup> M.<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel sugiere esta posibilidad: «El nombre de *California* puede derivar de aquella *Califerne* enumerada en la *Chanson de Roland*, v. 2924, como una de las tierras paganas que se sublevarán a la muerte del paladín» (art. cit., p. 214).

<sup>20</sup> «California», p. 591.



gemelos y otros descendientes hoy desaparecidos en el gran naufragio de los libros medievales. La mera presencia de la palabra California en las *Sergas de Esplandián* obliga a creer que en otros manuscritos, hoy perdidos o no identificados, se copió una *Chanson de Roland* que mantenía el topónimo Califerne. Y esta hipótesis se puede defender exhibiendo textos medievales con nombres raros que podrían derivar de Califerne o estar emparentados con él»<sup>21</sup>. Efectivamente, los sustantivos propios que aduce en favor de su teoría presentan un evidente paralelismo con el Califerne de la *Chanson*: Califer en el *Roman d'Alexandre*, Calufer en el *Merlin*, Galafre d'Aufalerne, Calafro o Corbaran d'Oliferne en *La Gran Conquista de Ultramar...* La lista, como dice Riquer, podría ser amplísima y demostraría la pervivencia literaria del topónimo en cuestión. Sin embargo, esta misma diversidad de nombres con un étimo parecido dificulta la búsqueda de un texto originario del cual procedan las múltiples variantes. Ante tales inconvenientes, especula este autor con la posibilidad de que: «Rodríguez de Montalvo debió de conocer un texto hoy no identificado en el que Califerne no se había desfigurado tanto, y hasta cabe la sospecha de que en este hipotético texto ya aparecieran juntas Calafia y Califerne, que castellanizó en California»<sup>22</sup>. Estas conjeturas, lejos de ahuyentar las dudas que se ciernen sobre la procedencia de la *California* de las *Sergas*, plantean un nuevo dilema. En este caso, se trata de dilucidar el origen del antropónimo *Calafia*, por el cual reconocemos a la intrépida reina de las amazonas de Montalvo.

Según el profesor Riquer, también podemos hallar un referente concreto para dicho nombre en la tradición medieval: «El nombre de la reina Calafia procede del geográfico Calaphia, ciudad de la Alta Armenia, que fue adoptado como nombre de personajes ficticios por algunos escritores del siglo XIII»<sup>23</sup>. Entre tales homónimos nos encontraríamos en el *Roman d'Alexandre* francés con *Calapf de Bagdad*, quien aparece en el relato para hacer saber a Alejandro de la existencia de las amazonas. Asimismo, podríamos aducir, por nuestra cuenta, otras variantes, cuya semejanza fónica presenta una evidente relación con la *Calafia* de Montalvo. Como reina de un pueblo localizado en las *Sergas* en las proximidades de las «yndias», el nombre de nuestra

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 592.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 599. También manifiestan su conformidad con esta hipótesis M.<sup>a</sup> J. Lacarra y J. M. Cacho Blecua, *ob. cit.*, p. 98.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 599. Anteriormente, p. 593, el mismo autor encuentra el referente más antiguo de este topónimo en: «El origen de este nombre nos lo revela una epístola de Jacques de Vitry, escritor en latín que murió en el año 1240, en la que enumera: 'Terram Soldani: Iconium, Calaphiam, Damascum...', que hay que identificar con el castillo de Lycoine, con Kelath, en la alta Armenia, y con Damasco».

heroína puede tener sus raíces en el cargo de *Calipha* o *Calafa*<sup>24</sup>, definido por Covarrubias del modo siguiente: «Título de los príncipes persianos, y emperadores de la Asia; el nombre, si es griego, parece sinificar el hermoso, el resplandeciente, el purpúreo»<sup>25</sup>.

En el marco de la tradición literaria artúrica también es posible encontrar algunos personajes cuyo nombre resulta interesante para nuestro propósito. En la *Estoire SG* y en *The History of the Holy Grail* aparece *Kalafes*<sup>26</sup>, rey pagano de la Tierra Foránea, quien, como Calafia, se convertirá al cristianismo; en su caso, ayudado de los consejos de Helain el Gordo. En la misma *Estoire SG* y en la *Histoire de Grimaud*, nos encontramos con un *Calafre*<sup>27</sup>, uno de los nobles del reino de Evalach, cuya importancia en el relato artúrico consiste en haber sido aquel que encarcela injustamente a Nasciën y a su hijo Celedonio. Esta conducta negativa desencadenará la intervención de la divinidad y el castigo al pecado cometido no será otro que una muerte trágica. Sobre este último antropónimo, el profesor C. Alvar registra las siguientes variantes en su difusión: «Calafer, Calafes, Calafes, Calafre, Calapher, Calaphere, Califéris»<sup>28</sup>, variantes todas ellas que nos acercan a la onomástica y a la topografía de las *Sergas de Montalvo*. ¿Estaría pensando en ellas nuestro regidor medinés a la hora de componer nombres tan similares como *Calafia*, isla *Calasera* o, incluso, el tan famoso *California*? Hasta aquí, simplemente hemos aportado una serie de datos que ponen de manifiesto la problemática filiación del episodio de las amazonas de Montalvo a partir del mero cotejo de unos nombres propios<sup>29</sup>. En esta tesitura, cuando los cami-

<sup>24</sup> E. von Richthofen comparte esta misma hipótesis («Algunos rasgos orientales de la épica románica y la novela caballeresca», *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Oviedo-Madrid, Universidad de Oviedo, Gredos, 1985, II, pp. 631-41 [p. 640, n.23]).

<sup>25</sup> *Tesoro de la lengua Castellana o Española*, Madrid, Turner, 1979, p. 269. Juan de Mandavila nos dice sobre este título oriental, equivalente al nuestro de rey o monarca: «En esta Caldea es la gran ciudad de Baldac susodicha, en la cual solía estar el Calife que solía ser papa y emperador de los arabianos, a saber, es temporal y espirital» (*Libro de las maravillas del mundo*, XI, p. 34).

<sup>26</sup> C. Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 248.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 444.

<sup>29</sup> E. G. Guddé, por ejemplo, ya sopesaba, varios años antes que Riquer, la hipótesis de que la *Califerne* del *Cantar de Roldán* hubiese sido el patrón etimológico utilizado por Montalvo. Sin embargo, partiendo de la premisa de que el texto francés era desconocido en la época del regidor de Medina, sugería la inviabilidad de dicha conjetura: «it is hardly possible that a minor name like *Califerne* could have lived throughout the centuries in which the Roland legends were kept alive by word of mouth only» («The Name California», *Names. Journal of the American Name Society*, 2 (1954), pp. 121-133 [p. 132]). Frente a la tesis del influjo directo de algún nombre concreto, este autor plantea la posibilidad de que Montalvo creó a partir del prefijo «cal-»

nos se convierten en una especie de laberinto y las puertas parecen cerrarse una y otra vez, lo lógico será dirigir nuestra búsqueda por otros derroteros.

A principios de siglo C. García de la Riega, en su intento de demostrar la impronta galaica en los orígenes del *Amadís*, vaticinaba el influjo directo de la materia troyana en el famoso libro de caballerías<sup>30</sup>. Por motivos distintos, M.<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel subrayaba la herencia decisiva de aquella tradición en los textos medievales del *Amadís* que luego refundió Montalvo<sup>31</sup>, sin trasladar dicha influencia al trabajo del regidor medinés en las *Sergas de Esplandián*. ¿Olvido inconsciente, quizás? Lo cierto es que, bien de forma explícita, a través de varias alusiones a personajes o lugares de la leyenda clásica<sup>32</sup>,

---

varios de los topónimos y antropónimos de su historia: «*Calafia, California, Calafin, Califera, Califerno*» (p. 132). Por su parte, G. R. Stewart sugiere que la existencia de algunos topónimos reales en Sicilia y en España permite establecer interesantes conexiones con aquél de California: «Californo and Californina in Sicily [...] But Spain itself shows many examples of the names of places beginning with *Cal-* and even *Cal-*, including such important towns as Calatayud and Calahorra. We even find Calf and Calafell, two twons in the province of Barcelona. An inhabitant of the former is called a Calafino. At the other end, we have a Spanish town called Forneo, and many of them called Forno» («More on the Name California», *Names. Journal ...*, 2 (1954), pp. 249-254 [pp. 249-250]).

<sup>30</sup> *Literatura galaica. El 'Amadís de Gaula'*, Madrid, Impt. E. Arias, 1909.

<sup>31</sup> «El desenlace del *Amadís* primitivo», *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 149-156. Más recientemente, podemos encontrar referencias a la familiaridad del *Amadís* con la materia troyana, aunque esta relación no se establece de forma sistemática, en: J. D. Fogelquist, *El 'Amadís' y el género de la historia fingida*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982; o J. B. A. Valle-Arce, '*Amadís de Gaula*': *El primitivo y el de Montalvo*, México, FCE, 1990. Algunos estudiosos pretenden vincular determinados episodios del *Amadís* con unas fuentes clásicas, más que troyanas. Así, el artículo del propio Valle-Arce, «El arco de los leales amadores en el *Amadís*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 6 (1952), pp. 149-156; cuyas hipótesis, sobre el influjo greco-bizantino en dicho episodio amadisiano, han sido desarrolladas y conectadas con la tradición artúrica por P. Gracia en «El 'arco de los leales amadores', a propósito de algunas ordalías literarias», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 95-115. También debe citarse el trabajo de R. Ramos, «El *Amadís* de Juan de Dueñas, II: 'La Capilla de las Flores'», *Actas del IV Congreso da Associação Hispânica de Literatura Medieval ...*, IV, pp. 263-265, donde el autor sugiere la existencia de múltiples «encontronazos con el *roman antique* en el libro II del *Amadís de Gaula*» (p. 265).

<sup>32</sup> Ya en el *Prólogo* general del *Amadís* se refiere Montalvo a las «antiguas historias de los griegos y troyanos», relatos que se clasifican dentro de la categoría de las llamadas «historias de afición» (ed. de J. M. Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987-1988, I, pp. 219 y 222). En las *Sergas*, se habla de Briseida y Clitemnestra como ejemplos de la inconstancia femenina (LXXXVII, 452-453); se toma el pasado clásico como punto de referencia para contrastar la heroicidad de Esplandián, al cual se le compara con Hércules, Héctor, Aquiles o Thideo (XCV, 486); o se le atribuye al protagonista una genealogía ilustre presentándolo como descendiente del troyano Bruto, mítico fundador de la Gran Bretaña (CXXIII, 645).

bien de modo implícito, creando situaciones con evidentes reminiscencias de un modelo literario precedente<sup>33</sup>, Montalvo deja entrever sus aficiones lectoras. Más allá de una huella superficial, se adivina en las *Sergas* la tarea de escrutinio y posterior selección de diversos episodios pertenecientes a alguna refundición medieval de la materia troiana que serán reescritos en el momento que el narrador estime más adecuado. La segunda parte del Esplandián, aquélla que abarca los capítulos XCVIII al CLXXXIV, se centra en la narración del singular enfrentamiento en Constantinopla entre los paganos y los cristianos. Para magnificar la altura de este evento, el narrador recurre a cualquier medio a su alcance<sup>34</sup>. La aparición de las californianas amazonas, recién iniciado el gran conflicto armado, ¿no forma parte de esa retórica del sobrepujamiento que Montalvo se impone al describir la aventura más importante de su relato? Recuérdese que al empezar este artículo decíamos que el medinés se acercaba al mito amazónico deseando atraer sobre su historia la atención de los lectores. Para ello prometía contar novedosas maravillas, nunca vistas ni oídas. Si su afán es el de sorprender a sus coetáneos, Montalvo puede convertir la fábula en una continuada sucesión de prodigios, o proceder de una manera más sencilla: exagerando los atributos de unos personajes, las amazonas, cuyo prestigio viene avalado por la difusión de su historia a lo largo del siglo xv.

De sobra es conocida la intervención de la reina Pentasilea y sus amazonas en el conflicto entre griegos y troianos. Gracias a Benoît de Saint-Maure y su *Roman de Troie*, la vieja figura de la mujer guerrera, cruel con los hombres, se transforma, con Pentasilea a la cabeza, en algo muy distinto. Los modelos literarios cortesés del xii contribuyen a la redefinición del personaje-tipo de la amazona. En palabras de M.<sup>a</sup> C. Marín Pina, «Benoît de Sainte-Maure pone igualmente en duda su tradicional invulnerabilidad ante el amor y hace de Pentasilea una atrevida y hermosa amazona enamorada, cuyos amores serán rememo-

---

<sup>33</sup> Por ejemplo, varios de los elementos que configuran la primera aventura de Esplandián, aquélla en la que el caballero sube por la Peña de la Doncella Encantadora para apropiarse de la espada incrustada en las puertas de la Cámara del Tesoro (I), pueden vincularse perfectamente con el episodio del vellocino de oro, protagonizado por Jasón. A este respecto, léase el capítulo XV, fols. X y XI, de la *Crónica troyana castellana* [CTc] (Pamplona, A. Guillem de Brocar, [1500?]).

<sup>34</sup> Un breve análisis de los principales recursos utilizados por Montalvo en la narración de los precedentes, desarrollo y desenlace de la gran batalla final de la obra, puede encontrarse en mi artículo, «Estructura y técnicas narrativas en las *Sergas de Esplandián*», *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de Septiembre de 1995)* [en prensa].

rados por autores posteriores hasta la saciedad»<sup>35</sup>. A tono con la sociedad de la época, Pentasilea, además de las aptitudes masculinas hacia las armas, asume también los atributos que caracterizarían a una de esas damas elogiadas por los trovadores: sabiduría, belleza, gentileza y predisposición a los nobles impulsos del amor. Y de esto último nos habla precisamente Leomarte cuando señala que la reina amazona, al igual que Esplandián o su amada Leonorina, es víctima del amor de oídas. Al saber del asedio que las tropas griegas mantienen sobre Troya, las noticias del ejemplar comportamiento de Héctor en la batalla despiertan en ella un sentimiento de afinidad hacia él, hacia un caballero del que sólo conoce sus famosas gestas. Consciente de las penurias que los troyanos están sufriendo, Pentasilea se deja llevar por los impulsos del corazón y emprende el viaje hacia la ciudad sitiada: «E commo la çerca de Troya ouiese durado tan grant tiempo e sonasen por todo el mundo los grandes fechos que Ebtor fazia commo acaee que de oydas ayan los omnes amorios vnos con otros esta reyna Pentaseula oyendo lo que de Ebtor dezian e otrosy por que era de su partida touole voluntad de lo yr ver e de lo ayudar, e adereço su camino con dies mill donzellas de armas e fuese para alla» (*SHT*, CLIII, 251)<sup>36</sup>.

A partir de las andanzas de la heroica Pentasilea, Montalvo y sus lectores poseen un punto de referencia válido para contrastar los movimientos de Calafia. Desde luego, la reina de California discrepa de su antecesora en muchos aspectos, pero, volvemos a repetirlo, esta re-escritura del mito clásico es lo que permite la originalidad de las *Sergas*. Calafia viajará a Constantinopla no por ningún afecto sentimental, aunque avanzado el discurso caiga en las redes del amor. Como rezan las amonestaciones que dirige a sus huestes femeninas, su objetivo es distinto: «animándolas, esforçándolas, [Calafia ponía a sus seguidoras] delante las grandes honras & prouechos que de tal camino seguir se les podrían, & sobre todo la gran fama que por todo el mundo dellas sería sonada» (742). La adquisición de la fama y la gloria a

<sup>35</sup> «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), pp. 81-94 [p. 85].

<sup>36</sup> *Sumas Historia troyana [SHT]*, ed. de A. Rey, Madrid, Anejo XV de la *RFE*, 1932. Este episodio reaparece descrito en términos muy similares en distintas versiones de la leyenda troyana. En la *Crónica Troiana galega [CTg]* (ed. de R. Lorenzo, A Coaña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1985) la causa principal que propicia la participación de las Amazonas en el conflicto troyano es el enamoramiento de oídas de la reina Pentasilea, motivo que va unido a un deseo de la protagonista por alcanzar la fama en el combate: «Et ela era muy poderosa e muy fremosa et de grã linagẽ [...] E cõ saber et cõ grã cobijça por ueer a Éutor et de gãanar bom preço, ajuntou suas cõpanas et ueo acorrer a rrey Priamo» (369, 602-03). En la *CTc*, muy próxima a la versión de Leomarte, se aduce el motivo amoroso como determinante de la decisión de Pentasilea (XC, f. XCr).

través del ejercicio de las armas es el móvil principal de las amazonas de Montalvo, causa segunda y complementaria para la enamorada Pentasilea, la cual, según dice la *CTg*, se decide a ayudar a los troyanos pensando también en «gãanar bom preço»<sup>37</sup>. Planteamientos ligeramente diferentes al principio, acabarán siendo dispares al final. Así, el desenlace positivo que para Calafia tiene su intervención en el conflicto armado: boda con Talenque y conversión al cristianismo<sup>38</sup>, poco tiene que ver con la trágica suerte que sufre Pentasilea: muerte de su querido Héctor y posterior derrota mortal a manos de Pirrus. Estas diferencias manifiestan la voluntad del medinés por superar favorablemente un modelo literario que puede ser productivo para sus intereses doctrinales. Montalvo muestra cierta simpatía por las mujeres de California porque con ellas, mediante su ficticia evolución queda ejemplificada la grandeza de Dios. Calafia y sus súbditas habían sido crueles con el sexo masculino, se aliaron con el ejército pagano y pugnaron por destruir a la Cristiandad<sup>39</sup>. No obstante, primero se disculparán sus atrocidades, pues ellas no sabían «qué cosa eran christianos» (742); luego, tendrán garantizada la salvación al aliarse con los cruzados para proyectar la guerra santa en territorio oriental.

Junto a la aparición literaria de Pentasilea, personaje que, sospechosamente, procede de una ínsula de la provincia de *Amazonna*, situada «en la parte de Oriente», según la versión que del *Roman de Troie* nos ofrece Alfonso XI<sup>40</sup>, las amazonas de las *Sergas* y su lugar

<sup>37</sup> En la *CTc* se habla de la afición por la fama de las amazonas como un atributo caracterizador de su identidad colectiva: «todo su cuydado e exercicio era en buscar las armas e las batallas donde quiera que podían adquirir e alcançar fama e gloria por sus personas e destreza» (XC, ff. XCr).

<sup>38</sup> Con respecto al tema de la conversión en las *Sergas* tienen gran interés las aportaciones de J. A. Whitenack, «Conversion to Christianity in the Spanish Romance of Chivalry, 1490-1524», *Journal of Hispanic Philology*, 13, 1 (1988), pp. 13-39, especialmente las pp. 25-28.

<sup>39</sup> La trayectoria de las amazonas es, en cierto modo, similar a la del gigante Frandaló. También este cruel corsario fue una continua amenaza para la flota del Emperador de Constantinopla, hasta el punto de que sus tropelias le llevaron a robar tanto que «bastaría para hazer o desfazer dos reyes» (XXXVIII, 228). En ambos casos se sigue un procedimiento descriptivo parecido: cuanto más exagerados o insólitos son los rasgos y atributos de las amazonas o de Frandaló, más ejemplar es su conversión al cristianismo.

<sup>40</sup> *La versión de Alfonso XI del 'Roman de Troie'. Ms. H-j-6 del Escorial [RTC]*, ed. by K. M. Parker, Applied Literature Press (Univ. Microfilm Int. Ann Arbor, Michigan), 1977, p. 284. Es interesante destacar la importancia de este dato: el que Pentasilea proceda de una ínsula localizada en el Oriente, porque cabe la posibilidad de que Montalvo tuviese muy en cuenta esta ubicación geográfica a la hora de componer su episodio. Esta hipótesis es más viable cuando comprobamos que la aparición de la reina amazona en la versión castellana del *Roman de Troie* viene precedida de una digresión del narrador. Éste abandona el relato de las disputas entre griegos y troyanos

de origen se describen con unos atributos a través de los cuales es posible atisbar una significativa familiaridad con la materia troyana. En las distintas versiones de dicha tradición aparecen varios reyes que se conducen por el impulso hacia la fama, y vislumbran la defensa de la ciudad sitiada por el ejército griego como una oportunidad para demostrar su arrojo y valentía. En algunos de estos textos se enumeran los monarcas que acuden a Troya, describiéndose, a veces, cuáles son las virtudes de sus huestes o los atributos más relevantes de sus provincias y reinos de origen. A continuación, sugerimos nuevas analogías entre estas obras y aquellos aspectos más sobresalientes del episodio de las *Sergas*.

Las Amazonas de Montalvo viven en una isla llamada California. A Troya llegan cuatro reyes, procedentes de: «tierra de *Calafonna*, que es vna tierra çercada de mar, vinieron quatro rreyes. Al uno dezian Carrus. Al otro, Mansius, et al otro, Nestor, et al otro, Anfimacus, el Fuerte» (*RTC*, 81)<sup>41</sup>. Esta misma provincia, según las versiones y copistas, se llama *Calafonna*, *Calafoya*, *Colofena*. La semejanza con la California de las *Sergas* no es muy difícil de adivinar<sup>42</sup>.

El país de Calafia se define por la irregularidad de su relieve: «La ynsola en sí [era] la más fuerte de riscos & brauas peñas que en el mundo se fallaua» (740), circunstancia ésta que determina la existencia de una fauna peculiar «auía muchos grifos por la gran aspereza de la tierra & por las infinitas saluaginas que en ella habitan, los cuales en ninguna parte del mundo eran fallados» (741). Uno de los reyes

---

«por deuisar el mundo et las prouinçias del» (281), preocupándose sobre todo de la descripción de las tierras del continente asiático (283-284). Asimismo, Montalvo pasará de la narración bélica a la descripción geográfica de la isla de California, por lo que puede considerarse el texto troyano como un probable referente o modelo a seguir por el medinés.

<sup>41</sup> La *CTg* incide en los términos citados: «De terra de *Calafoya*, que he hũa terra çercada de mar, veerõ quatro rreys: [...] Carros [...] Mã ssysos [...] Nástor [...] Anfimacos o Forte» (110, 300). En la *Historia troyana en prosa y verso [HTPV]* (ed. de R. Menéndez Pidal, *Textos medievales españoles. Ediciones críticas y estudios*, Madrid, Espasa Calpe, 1976) leemos: «E desy venieron de tierra *Colofena*, que es toda çercada de mar, Carcas e Monsion e Nestes, el muy fuerte, e Franco...» (227). En *La Coronica Troyana. A Medieval Spanish Translation of Guido de Colonna's 'Historia destructio-nis Troiae'* [*CTN*] (ed. by F. P. Norris, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1970): «vna prouinçia que se llama *Colaphon*, la qual se dize ser vna yslla poblada de muy fermosas çibdades, vñjeron quatro reyes en vna conpañja con fasta çinco mjll caualleros. De los quales reyes el vno se llamaua el rey Carray e el otro rey Ysmasio, el tercero se llamaua nestor el fuerte, el quarto el rey Afimaco» (159). Finalmente, el *Roman de Troie* francés [*RTF*] denomina esta isla como *Colophon*.

<sup>42</sup> Si pensamos que, según las versiones, existe una habitual fluctuación con las terminaciones en *-ia* de algunos topónimos: Liça-Liçia, Pafagona-Pafagonia, Sysona-Cissonia, ..., podría intuirse la estrecha similitud entre *Calafonna-Calafonia* y la California de las *Sergas*.

que acuden en socorro de los troyanos procede del reino de Pamonia. El rasgo que se subraya en la caracterización de esta provincia es muy similar al que refiere Montalvo: «toda esta en muy fragosas e oscuras montañas e montes muy espesos e muchas seluas, tanto que por toda ella tarde se falla njnguna tierra llana, por lo qual se dize que en esta proujnçia se fallan muchos anjmales e saluaies de djuersas maneras en grand numero e que se an visto en ellas muchas maraujllosas de aues e de bestias fieras» (*CTN*, 160)<sup>43</sup>.

Las amazonas de California cubren su cuerpo con armas fabricadas en oro, pues este preciado metal abunda en la isla. De su localización oriental, en las inmediaciones del Paraíso hemos hablado más arriba. Veámos, entonces, cuáles son las características con las que se describe el país de Pafagonia, del cual procede el rey Filomenis: «el qual reyno es muy çercano a oriente adonde sale el sol, el qual es quasi fuera del mundo por su grand distançia, vjno el rrey Fibomeno, el qual muy rrjco era de oro e de piedras preçiosas, las quales \* se fallan en rrio de Trigis e de Ufrates» (*CTN*, 160-61)<sup>44</sup>. Ciertamente, las peculiaridades de este marco espacial no desmerecen en nada respecto de aquellas suculentas maravillas que Colón prometía más allá del océano Atlántico. Pero, la familiaridad de este escenario con el que describe Montalvo se manifiesta más estrecha cuando se habla, además, de cierta identidad con los grifos de las huestes del rey Filomenis: «Et auyan rostros de griffos, tales y auyan, et non eran armados commo los troyanos, ca ellos trayan escudos de cueros, et borlados de piedras preçiosas de las que salen en el rrio de Eufrates et en el rrio de Trigris. ¿Que uos dire? El peor escudo dellos ualia mas que el mejor de toda Troya. Et daquela guisa trayan los frenos et las siellas» (*RTC*, 83). De nuevo, las huellas del mundo clásico reaparecen en la consideración del espacio medieval. En la cita anterior, el reino de Pafagonia se define por su extraordinaria riqueza mineral, aprovechada en la indumentaria de sus combatientes, y por la curiosa referencia a los grifos. Desde tiempos remotos, la existencia de estos míticos animales se había relacionado con tierras fecundas en oro y esmeraldas. Los escritores griegos les atribuían una misión específica, la de defender los tesoros de la avaricia humana. Covarruvias, basándose en Plinio, define así la tarea a ellos encomendada: «Y éstos en la Scytia, sacan el oro

<sup>43</sup> «Et sabet que en esta tierra de Peonia a muchos montes et sierras muchas et pocos llanos, et fallan y estrannas marauillas, et muchas et muy desuariadas, et omnes de muchas maneras, et bestias et prouçois et aues otrosi de muchas maneras» (*RTC*, 82).

<sup>44</sup> «E desy vieno, de una tierra que es llamada Pafagona, Filomenis, un rrey muy preciado, e traxo y dos mill caualleros muy corajosos e muy bien armados; e trayan todas las armas cobiertas de oro e de piedras preçiosas» (*HTPV*, 228).



de los minerales y defienden no se lo hurten»<sup>45</sup>. Posteriormente, la imaginación medieval sitúa su morada en cada una de las regiones que, en la distancia, adivina su mente sedienta de riquezas. Navegantes como Colón también conocen la leyenda de los grifos y su vínculo con tierras donde abunda el oro. En 1494 cree encontrar huellas de este animal en Cuba, pensando, tal vez, en la proximidad de las minas del rey Salomón<sup>46</sup>. En general, pues, y aunque en algunas obras medievales el grifo pueda simbolizar el espíritu del paganismo<sup>47</sup>, su aparición en los textos literarios se rige por las mismas pautas que definen la categoría de lo maravilloso oriental. Como ocurría con las amazonas, los múltiples viajeros medievales no renuncian a la búsqueda del grifo, y, cuando no lo encuentran, alejan los límites de sus dominios hacia los confines del mundo asiático<sup>48</sup>. Pero, en cualquier caso, su refugio estará allí donde existan tesoros que guardar, con lo que si en la isla de California, según Montalvo, parece que el oro abunda en demasía, la asociación con la tarea encomendada al grifo es tan lógica y necesaria, como podría serlo para los refundidores de la materia troyana.

Volviendo a las *Sergas*, nos encontramos con que uno de los atributos distintivos de las amazonas de Montalvo es el color negro de su piel. Las referencias literarias que destacan este aspecto como individualizador de estas féminas son escasas, eso sí, exceptuando la presencia de unas guerreras negras en el ejército moro que ataca a la ciudad de Valencia tras la muerte del Cid, incidente narrado en la *Primera Crónica General*<sup>49</sup>. No obstante, resulta sumamente difícil establecer una filiación de dependencia entre las moradoras de la insu-

<sup>45</sup> *Tesoro de la lengua Castellana*, pp. 658-659.

<sup>46</sup> C. Varela, Introducción a *Textos y documentos completos*, p. XLIV.

<sup>47</sup> E. von Richthofen dice a este respecto: «Entre los autores medievales que hacen referencia al grifo (generalmente dentro de la línea de Servio o de Isidoro) se encuentran Ugucione, Cecco d'Ascoli, Hugo de S. Victor, Alberto Magno. Aparte de los grifos que llevan a Alejandro por los aires, otros grifos medievales, incluidos los de *Roland* y los de las *Rime* de Boccaccio, se confunden con buitres y a menudo simbolizan (como el dragón) el espíritu pagano (mahometano) del mal. Este último puede en última instancia hacerse derivar de *Levítico*, XI, 13-14, y *Deuteronomio*, XIV, 12» (*Tradicionalismo épico-novelesco*, Barcelona, Planeta, 1972, p. 142).

<sup>48</sup> M.<sup>a</sup> J. Lacarra y J. M. Cacho Bleuca, *ob. cit.*, p. 101.

<sup>49</sup> El Cid acaba de morir. El rey moro Búcar llega con un gran ejército de África a Valencia. Se entabla la batalla y los cristianos sacan el cuerpo sin vida del héroe castellano de la plaza sitiada. Entre los miembros del ejército moro, venían «trezientas morras negras, et todas eran trasquiladas, sinon sennas vedijas que trayen ençima de las cabeças; et esto en razón de que venien en romería et commo a perdon; et todas muy bien armadas de arcs torquís» (ed. de R. Menéndez Pidal y A. García Solalinde, Madrid, Gredos, 1955, CMLV, 636).

la California y estas guerreras moras de las que habla el rey Alfonso<sup>50</sup>. Si bien en ambos casos la actuación femenina se inserta en un conflicto que opone dos concepciones religiosas distintas (las Amazonas de Montalvo se alían con el gran ejército pagano en su empeño de asediar Constantinopla, centro de la Cristiandad en las *Sergas*; y las guerreras negras de la *Crónica General* luchan a las órdenes del rey Búcar contra las tropas cristianas sitiadas en Valencia), creemos que el trasfondo troyano orienta el episodio de Montalvo en una dirección concreta, más literaria y novelesca. Si retomamos el episodio de las versiones troyanas que habla de los reyes que acuden en socorro del rey Príamo, se observa la presencia de un personaje, cuyos rasgos nos sitúan en el camino deseado: «Et despues desto llego Perses, que era rrey de Etiopia [...] Mas sabet que Dios non fizo en el mundo pez njn otra cosa que tan negra fuesse commo eran este rrey Perses et su sobrino, njn que se comparar pudiesse a la su negrura» (*RTC*, 83)<sup>51</sup>. A través de esta comparación se pone de relieve una cualidad, el color negro de la piel, que seguramente constituía para el hombre peninsular de la época un rasgo diferencial, al tiempo que refleja el peso de la tradición en el ánimo de Montalvo, el cual imaginaría, tal vez, como el anónimo autor del *Cifar*, que en la India, o más genéricamente los territorios orientales, era más que posible encontrar espacios habitados por pueblos negro<sup>52</sup>.

Entre los reyes que acuden a Troya a prestar su auxilio al viejo Príamo, hay uno, Epistopropus, que procede del reino de Alizonia, «el qual es allende del rreyno de las Amazonas» (*CTN*, 161)<sup>53</sup>. Dicho monarca se hace acompañar de «vn sagitario de maraujlosa vista [...] el qual fizo grandes e muchos espantos a los griegos e les fizo eso mes-

<sup>50</sup> Para C. Alonso del Real estas mujeres negras dedicadas al ejercicio militar pudieron tener unas raíces históricas, identificables con aquel movimiento de «gran arrastre de reservas africanas, que fue la movilización general almorávide» (*Realidad y leyenda de las Amazonas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, pp. 135 y 200).

<sup>51</sup> «E desy vieno Perses, que era de tierra de Eçitopia, e traxo [...] de otra mucha gente e muy estrañia» (*HTPV*, 228).

<sup>52</sup> Hablando del linaje del «Cauallero de Dios», dice el autor que Cifar fue descendiente del rey Tared. Éste habitó una de las tres «Yndias», «la primera que poblaron los gentiles» y «la que comarca con la tierra de los negros» (*Libro del Caballero Zifar*, ed. de C. González, Madrid, Cátedra, 1983, p. 95). El mismo Colón participa también de las expectativas espaciales forjadas a lo largo de siglos y siglos desde la Antigüedad. Más aún, como dice Elliot, los límites y contenidos de disciplinas tales como la filosofía o la cosmografía fueron señalados, durante la primera etapa del Renacimiento, «de acuerdo con los textos de la antigüedad clásica, los cuales adquirieron aún mayor grado de autoridad cuando fueron reproducidos en letra impresa por primera vez» (*El Viejo Mundo y...*, ob. cit., p. 29).

<sup>53</sup> «Desi allego y de tierra de Alissonia, que es çerca de Femenia —do ha las muy buenas espeçias— Pitroples» (*RTC*, 83).

mo muchos daños e gran estrago e mortandad en ellos» (161). Quizás, la participación del sagitario, figura excepcional de la fauna mitológica, es una pieza más de ese rompecabezas del que Montalvo extrajo sus ideas. Calafia llevará consigo unos fieros grifos para derrotar a los cristianos, del mismo modo que los de Alizonia sembraban el temor en los griegos con su sagitario.

A la vista de las conexiones planteadas, podemos aventurar algunas hipótesis. El regidor de Medina del Campo, como observaba I. Leonard, decidió explotar el tema amazónico a partir de la relación de maravillas divulgada tras los recientes viajes colombinos. Si el eco de determinadas informaciones orales influyeron en la fantasía de Montalvo, existía otra vía que, sin ser excluyente, le brindaba más posibilidades imaginativas. En alguna refundición de la leyenda de Troya, cuya fecha o procedencia nos es imposible precisar, encontró unos materiales sugerentes a los cuales, después de un minucioso proceso selectivo, les dio nueva vida. La autoridad del modelo clásico le ofrecía unos ejemplos atractivos para ser imitados, ¿y por qué no, superados?, a lo largo del *Esplandián*, y, en el caso del episodio de las amazonas, le proporcionó un rico catálogo de topónimos y antropónimos que, además, facilitaba el trabajo del medinés a la hora de dar nombre a tantos personajes y lugares que aparecen en su historia. Con posterioridad a la primera aparición de Calafia, cuenta el maestro Helisabad cómo la reina amazona, junto con el soldán de Liquia, Radiaro, retan a duelo individual a Esplandián y Amadís<sup>54</sup>. Pues bien, uno de los reyes del bando de los troyanos viene del reino de *Liçia*<sup>55</sup>. En el capítulo CLXV de *Sergas* se menciona la llegada del caballero don Brian de Monjaste a la ciudad de Constantinopla para enrolarse en las filas de los cruzados que capitanea Esplandián. Este caballero dice que se enteró de la contienda entre cristianos y paganos, «estando con muy gran flota en Cesonia (aquella que después Ceuta fue llamada)» (781). De esta misma provincia llega a Troya el rey Remo<sup>56</sup>. Finalmente, entre los caballeros que en el capítulo CXVII se visten con las ropas y el emblema del cruzado figuran Falameno, Enfenio y Calfeno, nombres que presentan una acusada similitud con aquéllos de la materia

<sup>54</sup> También podría presumirse un origen clásico en este episodio. En concreto, nos referimos a la disputa, narrada por Leomarte, que mantienen Teseo y Hércules frente a dos valientes amazonas, Manalipe e Ypólita (*SHT*, XLV, 133), si bien, debe subrayarse que los motivos del conflicto son totalmente dispares.

<sup>55</sup> «E desy venieron y, de tierra de *Liçia*, Glaton, el duque, con Sarpedon su fiiio» (*HTPV*, 227); «Otrosi del rreyno de *Liçia* vjno el rrey Glandon con tres mjil cauallos» (*CTN*, 159); «tierra de *Liça*» (*RTC*, 81).

<sup>56</sup> «Del regno de Çissonia veno y el Rrey Remus» (*RTC*, 81); «Çizonia» (*CTg*, 301); «E despues destos vieno el rrey [Remo] de *Sysona* que traxo siete condes e quatro duques» (*HTPV*, 227).

troyana: Filomenis, rey de Pafagonia<sup>57</sup>, Enfremos, rey de Lançona (Calidonia)<sup>58</sup>, e incluso, con el topónimo citado más arriba de *Calafonna*<sup>59</sup>. Si aceptamos las tesis sostenidas por Aquilino Suárez Pallasá respecto del influjo analógico de los nombres propios sobre algunos topónimos del *Amadis de Gaula*<sup>60</sup>, y extendemos esta tendencia a las *Sergas de Esplandián*<sup>61</sup>, podemos conjeturar que los nombres de *Calafia* y de *California* tienen un étimo común, materializado en variantes como *Calafonna* o *Calafoya*. De esta manera, los paralelismos planteados por Martín de Riquer entre la *California* de Montalvo y el *Califerne* de la *Chanson de Roland*, se contextualizarían en un nuevo marco literario, donde las semejanzas fónicas se complementan con unos parecidos argumentales y descriptivos mucho más sólidos. La materia troyana sería, por tanto, la fuente que suministró a Montalvo los detalles necesarios para elaborar el episodio de las amazonas. A su vez, de ser cierta nuestra interpretación, deberían ser matizadas las

<sup>57</sup> Aunque también es posible relacionar el Falameno de las *Sergas* con ese caudillo griego, «rey muy preñado que era de allende del río Justaro», que en la *HTPV* (310) se menciona como *Palamenis*, del mismo modo que se le cita en el *RTC* (147) y la *CTg* (404).

<sup>58</sup> «Orossi *Eufremos*, que fue rrey e sennor de Lançona» (*RTC*, 81); «*Enfremos*» (*CTg*, 300); «Iten del rreyno de Calidonja vino el rrey *Eufebo* con mjll caualleros...» (*CTN*, 160).

<sup>59</sup> El nombre de otros caballeros que participan en la santa empresa iniciada por Esplandián también sugiere un acusado paralelismo con distintos personajes de la leyenda troyana: Atalio con *Atalante*, abuelo de Dardano (*SHT*, XII, 79); Galfario de Romania con *Gafario*, rey de Antioquia que fue derrotado por Bruto (*SHT*, CCXXXV, 337-40); Tantiles el Orgullosos con *Tántalo*, rey de Astra (*SHT*, LX, 150). Asimismo, los antropónimos de algunos personajes dispersos a lo largo de la obra apuntan en la misma dirección: Almeno, príncipe de Brandalia se relaciona con *Almena*, madre de Hércules (*SHT*, XXXII, 110); Anfión de Media, padre de Heliaxa, con *Anfio*, capitán al mando de los de Adrastea y las ciudades de Apeyo y Pitea en el canto II de la *Iliada* homérica (ed. de J. Alcina, Barcelona, Planeta, 1991<sup>5</sup>, p. 45); incluso, el mismo nombre de Liota, hermana de Calafia, se vincula con el de *Leotes*, almirante griego (*SHT*, CXV, 213).

<sup>60</sup> «Este influjo es frecuente en el *Amadis* (cf. N. del caballero Galpano convierte la floresta de Galfán en de Galpano; N. de rey Abiés, el Adv. abés en castillo Abiés; N. del caballero Sadián, el topónimo Salona en Sadiana, etc.)» («La Ínsula Firme del *Amadis de Gaula*», *Studia Hispánica Medievalia* II, III. *Jornadas de Literatura Española Medieval*, ed. de R. E. Penna y M.ª A. Rosarossa, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, pp. 89-97 [p. 94]).

<sup>61</sup> Algunos topónimos de las *Sergas* es muy posible que procedan de antropónimos con un sello claramente troyano. La ínsula Argalia, cercana a California, se corresponde con el nombre de la hija del rey Adrastró de Argos, citada como *Argalia* en la *CTc* (LXIII, ff. XLIVv) y como Arigiria por Leomarte (XCII, 180). Las ínsulas Galiantas con *Galante*, criada de Almena (*SHT*, XXXII, 112). Laudato, así llamado en las *Sergas* el puerto de Roma, equivaldría al antropónimo *Laudato*, hermano de Hécuba también en *SHT* (XXXII, 110).

suposiciones de la crítica sobre la impronta clásica en las *Sergas*<sup>62</sup>, sobre todo, cuando se advierte un afán por parte del narrador por sobrepujar lo dicho en las historias antiguas: «Pues cierto ni aquellas batallas de la gran Troya, ni aquellas de entre Roma & Cartago, ni aquellas de entre Julio César y Pompeyo fueron en tanto grado que a éstas con gran parte ygualar pudiessen» (815). A través del incidente protagonizado por la desafortunada Pentasilea, Montalvo introduce, con final feliz, las peripecias de una reina amazona que, según cuentan los falsos cronistas, vivió en una rica ínsula llamada California. Así, de forma tan involuntaria, el regidor de Medina contribuyó a la creación de un mito que sería trampolín para la búsqueda, años después, de este imperio fabuloso en el continente americano<sup>63</sup>, un continente que, casualidades de la vida, fue descubierto por un hombre que con sus promesas de grandes tesoros seguro fascinó a nuestro escritor.

---

<sup>62</sup> Decía M.<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel sobre las deudas de la onomástica de las *Sergas* respecto de la tradición troyana: «No es fácil decidir si todos los nombres con paralelo troyano que leemos hoy en el *Amadís* son primitivos; a buen seguro algunos se deben a Montalvo, pero el hecho de que los nombres del *Esplandián* no presenten étimo troyano revela que, como en otros aspectos de su reelaboración, Montalvo se adaptó a la modalidad del texto primitivo» («El desenlace del *Amadís* primitivo», p. 155). Aunque por sendas diferentes, J. B. Avalor-Arce especulaba que el influjo de la onomástica troyana a partir de libro II del *Amadís* con nombres como Macandón y Apolidón sugiere la existencia de una refundición de la obra del siglo XIV, «momento del mayor auge de la materia de Troya en la Península» (*'Amadís de Gaula': El primitivo y ...*, p. 230). Frente a tales opiniones, creemos que se le debe atribuir a Montalvo y a su interés por algún texto de la tradición clásica un mayor protagonismo tanto en la reescritura del *Amadís* como en la creación de las *Sergas*.

<sup>63</sup> M.<sup>a</sup> J. Lacarra-J. M. Cacho Bleuca subrayan la importancia de este trasfondo clásico tanto en la visión que de las amazonas manifiesta Montalvo, como en la «asimilación a un modelo previo de origen griego que los conquistadores podían conocer en múltiples fuentes, entre otras los libros de caballerías como las *Sergas de Esplandián*» (*ob. cit.*, p. 91).